



Visión y puesta en marcha La Iglesia en camino hacia el futuro

Conferencia del Arzobispo emérito Dr. Robert Zollitsch
con motivo del centenario de Schoenstatt,
en cooperación con la Domschule de Würzburg,
el 19 de noviembre de 2014, 19.00 hrs

En la Exhortación Apostólica “Evangelii Gaudium”, que el Papa Francisco publicó hace justo un año, formuló grandes planes y un objetivo muy ambicioso. Quiere nada menos que “indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años”. Por eso nos invita a “una nueva etapa evangelizadora”, que se caracteriza y está sustentada por la alegría del Evangelio.¹ Se opone al “vacío interior” (EG 1) y a la “tristeza individualista” ampliamente prevaleciente, y con ello se opone a una “conciencia aislada” (EG 2) que solo mira hacia atrás y quiere aferrarse a lo antiguo.

El Papa, en cambio, mira hacia adelante y exige que la Iglesia se ponga en marcha, porque la Palabra de Dios “quiere provocar este permanente dinamismo de <<salida>>” (EG 20). Quien solo desea mirar hacia atrás y preservar, pierde el futuro. Por eso el Papa exige pasar „de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera.”²

Queridos hermanos sacerdotes, estimadas hermanas, estimados hermanos, no recuerdo cuándo fue la última vez que leí un documento papal con tal alegría interior y con tan gran provecho personal, como los que experimenté al leer la Evangelii Gaudium. Durante el Concilio Vaticano II yo estudiaba teología y fui ordenado sacerdote el año 1965, año en que terminó dicho Concilio. No se pueden imaginar cómo absorbíamos todo lo que se informaba sobre el Concilio; cómo nos fascinaban las perspectivas que se mostraban. Cincuenta años después, el Papa Francisco toma la iniciativa y recoge este impulso que nos desafía a continuar por el camino del Concilio Vaticano II.

¹ Papa Francisco, Exhortación Apostólica “Evangelii Gaudium”, del 24 de noviembre de 2013, citada. EG, aquí EG 1

² EG 15, citando el Documento de Aparecida, Nr. 548

Hace dos semanas, en Constanza, participé en la ceremonia de apertura del sexto centenario del Concilio de Constanza. De hecho, este Concilio suscitó la “causa unionis” y restituyó la unidad de la Iglesia que había sido quebrantada por tres Papas, rivales entre sí. En la “causa reformationis”, en el tema de la reforma de la Iglesia, si bien tomó algunas decisiones titubeantes, en la práctica no consiguió nada. Seiscientos años después del Concilio de Constanza y cincuenta años después del Concilio Vaticano II, aflora nuevamente la cuestión de la renovación de la Iglesia para nuestro tiempo. Por eso, el Papa Francisco quiere mostrar algunas líneas “que puedan alentar y orientar en toda la Iglesia una nueva etapa evangelizadora, llena de fervor y dinamismo.” (EG 17) Se trata nada menos que de una “conversión pastoral y misionera” de la Iglesia. (EG 25) Así el Papa habla directamente de “un anhelo generoso y casi impaciente de renovación”. (EG 26)

En esta tarde ustedes me han invitado a dictar esta conferencia, porque el Movimiento de Schoenstatt celebró hace un mes el centenario de su fundación. Se trata del único gran Movimiento espiritual universal del siglo veinte nacido en Alemania. Schoenstatt surgió como un movimiento de renovación que quiere formar al hombre nuevo en la nueva comunidad y que quiere renovar la Iglesia desde la fuerza del Evangelio, de la mano de la Santísima Virgen María. Para esto Dios le ha desvelado paso a paso a la Familia de Schoenstatt una visión de la Iglesia sobre la cual queremos hablar esta tarde. Trataré de hacer resplandecer esta visión de Iglesia sobre el fundamento de la imagen de Iglesia del Concilio Vaticano II y sobre el trasfondo de la Exhortación Apostólica “Evangelii Gaudium”. En mi opinión, la resonancia interna entre ambos es tal que, en la mayoría de los casos, no necesito distinguir las corrientes individuales. Esto quiero hacerlo en cuatro pasos:

1. Iglesia peregrina que habita en un mundo que no es el suyo;
2. Iglesia conducida por el Espíritu Santo;
3. Iglesia constituida para servir, y
4. Iglesia Común, que vive de la Alianza.

Y en el trasfondo de todo esto, la pregunta acerca de lo que esto significa para una Iglesia que honra a María como a su Madre.

I.

La Iglesia en un mundo que no es el suyo³

Tal como Pedro en el Monte Tabor, nosotros también tenemos constantemente la tentación de querer construir tiendas en este mundo, para afianzarnos aquí. A esto el Papa Francisco opone la “Iglesia en salida”, y con ello recoge aquello que la Constitución sobre la Iglesia “Lumen Gentium”, del Concilio Vaticano II, expone expresamente como una característica esencial de la Iglesia.

Como comunidad de fe somos el Pueblo escogido de Dios en este mundo. Bautizados en Jesucristo, somos el Cuerpo de Cristo y así estamos unidos entre nosotros, dependemos los unos

³ Cf. Manfred Entrich, Joachim Wanke (Ed.), En casa en un mundo foráneo. Impulsos para una nueva pastoral, Stuttgart 2001

de los otros, como miembros de un mismo Cuerpo. Somos la nueva creación de Dios en este mundo, llamados al seguimiento de Cristo, llamados a la santidad, en camino, con una promesa.

El Reino de Dios quiere hacerse presente en este mundo en nosotros y a través nuestro. Sin embargo, no somos el Reino de Dios, tampoco lo es la Iglesia. Pero ella es el signo, el instrumento que brilla antecediendo al Reino de Dios. Vivimos en este mundo. Sin embargo, aquí habitamos “un mundo que no es el nuestro”. Nuestro hogar no se encuentra aquí, ya que somos ciudadanos del cielo. (Flp 3,20).

Como peregrinos, como Iglesia peregrina, estamos en camino hacia el Reino de Dios, en camino hacia aquella meta que Dios nos ha prometido y que está más allá de este mundo. Así, miramos buscando el cielo nuevo y la tierra nueva. (Ap 21), peregrinando “lejos del Señor” (2 Co 5,6), buscando la ciudad futura y perenne (cf. Heb 13,14).⁴

Tengo claro que esto no nos llega fácilmente al alma, ya que estamos bien establecidos en nuestro mundo, puesto que, como seres humanos, somos parte de este mundo. En consecuencia, también hemos internalizado el lado visible de la Iglesia, su clara estructura jerárquica y la firme fortaleza fundada sobre la roca incommovible de Pedro; nos hemos identificado con este lado visible de la Iglesia y nos hemos afianzado en él. Y ahora el Concilio pone de relieve que no somos el Reino de Dios y que tampoco somos una firme fortaleza, sino que estamos en camino, peregrinando hacia una meta que está ante nosotros; y que al escucharnos unos a otros y al escuchar conjuntamente a Dios, nos será mostrado el camino siempre nuevo hacia dicha meta.

El P. José Kentenich - con fe firme en la Divina Providencia, con confianza en el actuar de Ella en la historia, y con confianza en la conducción de esta Providencia en su vida, que le señaló paso a paso su camino - comprende claramente lo que estas afirmaciones significan para la Iglesia. Recurre a una imagen en sí misma vigorosa y cargada de tensiones. Dice que la Iglesia, la roca de Pedro, este bloque errático en medio del oleaje, comienza a moverse, y se pone nuevamente en camino, para peregrinar hacia la promesa regalada por Dios.

La imagen de la roca, de la roca que se pone en movimiento y camina, nos dice mucho. En ella se palpa la tensión en la que vive la Iglesia. Durante el Concilio Vaticano II esta imagen fue planteada conscientemente. La Iglesia es una comunidad de peregrinos en camino. Este mundo no es la meta, la Iglesia aún no está a punto. Por eso nunca debe detenerse. Permanentemente requiere ponerse en camino y renovarse. Y para nosotros, como Iglesia y también como cristianos individuales, esto significa tomar en serio el que somos extranjeros en este mundo, que juntos somos peregrinos en la Iglesia y que juntos somos peregrinos de la Iglesia.

La Iglesia que esperó demasiado a menudo y durante demasiado tiempo a que las personas se acercaran a ella, se pone en salida, como lo formula el Papa Francisco, y se dirige nuevamente hacia las personas, hasta en las periferias. No teme resultar accidentada, herida o manchada “por salir a la calle”. (EG 49) No quiere una Iglesia preocupada por ser el centro. (EG 49) La Iglesia, junto con todos, se sabe en camino hacia Jesucristo, y sabe que Él va con ella. Tal como el mismo Jesús no esperó a que las personas vinieran a él, sino que se dirigió hacia ellas, las abordó y les preguntó: “¿Qué quieres que te haga?” (Mc 10,51), así tenemos, como Iglesia, que buscar a las

⁴ Concilio Vaticano II, Lumen Gentium, cit. LG, aquí LG 9

personas en los lugares en donde viven, en las situaciones más diversas y acercarles el mensaje de la victoria pascual de Jesucristo, mediante nuestra vida y nuestra palabra. La visión del Concilio Vaticano II, de nuestro Santo Padre, el Papa Francisco y de Schoenstatt, es la de una Iglesia que, llena de dinamismo, se pone en camino y peregrina; la de una comunidad viva de fe, cautivada por Dios e igualmente sensible para las preguntas y búsquedas de las personas. Una Iglesia que no importuna, sino que humildemente entrega un testimonio. Pero que al mismo tiempo, para llevar el Evangelio, tiene el valor incluso de invitarse a sí misma, tal como Jesús con Zaqueo (Lc 19,5).

Este camino es más difícil que organizar comunidades y crear estructuras. Ya que la fe y una vida de testimonio desde la fe siempre implica riesgo. La fe es fuerte por la esperanza desde la cual vivimos y que nos sostiene. Esta fe tiene una meta y es una peregrinación hacia dicha meta que no está en este mundo. Tal peregrinación requiere, como sucedió con Abraham, la voluntad de salir de nuestro entorno, la disposición a romper, por Jesucristo y su Evangelio, patrones rígidos, trincheras endurecidas y desengaños solidificados. Una Iglesia peregrina, una Iglesia en salida, es una Iglesia en camino, una Iglesia al borde del camino y en los caminos, en los caminos de vida de nuestros hermanos.

Una Iglesia en los caminos de vida de las personas mira a dichas personas con los ojos y con el corazón de Jesús. Aquí cuenta cada una y cada uno. Aquí cada uno es único y cada uno ha sido llamado por Cristo. En esta Iglesia hay vida. Ella descubre las riquezas que ellos poseen y así descubre la diversidad que le ha sido regalada. La Iglesia ve la abundante riqueza de los dones y carismas en el Pueblo de Dios. Percibe el anhelo en las personas y conoce sus límites y su desamparo. Esta Iglesia “vive”, como escribe el Papa Francisco, “un deseo inagotable de brindar misericordia”. (EG 24) “Ella sabe de esperas largas y de aguante apostólico”. Tiene mucho de paciencia. (EG 24) “Cuida el trigo y no pierde la paz por la cizaña.”. (EG 24)

Esta comunión de la Iglesia es siempre, mientras en la tierra peregrine en país extranjero, una comunidad de santos y de pecadores a la vez. Esto exige un convencimiento siempre nuevo acerca de nuestra meta; pero también exige, en forma permanente, misericordia y mantener sin desfallecer la confianza en el Espíritu Santo. Al mismo tiempo hay que dejar los cojines de descanso de este mundo y salir hacia Dios y hacia las personas, para llevarles el Evangelio.

La Constitución Dogmática sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II, ve en María la imagen primigenia de la Iglesia al fin de los tiempos y de la Iglesia peregrina en este mundo: “De la misma manera que la Madre de Jesús, glorificada ya en los cielos en cuerpo y alma, es imagen y principio de la Iglesia que habrá de tener su cumplimiento en la vida futura, así en la tierra precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor (cf. 2 P 3,10)” (LG 68). La Iglesia no solo se sabe estrechamente unida con María y no solo la mira “en su labor apostólica” (LG 65), sino que confía agradecida en que María “con su amor materno, cuida de los hermanos (y hermanas) de su Hijo, que todavía peregrinan” (LG 62), los acompaña y los antecede en su caminar. El Papa Francisco afirma: ya que “con el Espíritu Santo, en medio del pueblo siempre está María”. (EG 284) Y como Jesús “no quiere que caminemos sin una madre” (EG 285), nos la ha dado “para acompañarnos por la

vida”. (EG 286) “Su excepcional peregrinación de la fe representa un punto de referencia constante para la Iglesia” (EG 287)⁵ Ella es la Mujer que se pone en camino. Al enterarse por el anuncio del ángel que debía ser madre del Hijo de Dios, lo primero que hace es salir de su pueblo para auxiliar sin demora (Lc 1,39; cf. EG 288) a su pariente Isabel, para llevar a su Hijo a las personas, aun antes que éste naciera.

Esto es algo que caracteriza y marca la vida y el actuar de Schoenstatt como Movimiento Apostólico. Desde un comienzo el P. Kentenich, y con ello Schoenstatt, se orientó en María, la Madre de la Iglesia y la mujer en salida; y se sabe activamente guiado y acompañado por Ella. María es sinónimo de dinamismo y es el camino que lleva a las personas. También es sinónimo de una Iglesia que, como María, es sostenida por el Espíritu Santo y es conducida por Él, y así, día tras día, con fe en esa conducción, a veces sorprendente de Dios, avanzar en su peregrinar, también en la vida cotidiana. María, quien está colmada por el Espíritu Santo y está entrelazada con Él (cf. Lc 1,35); quien no solo escuchó la voz de Dios, sino que también la conservaba en su corazón y la meditaba (Lc 2,19.51), abre nuestros ojos, nuestro corazón y nuestros oídos para escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio. (cf. Mt 16,4; GS 4)

María también hoy se pone en camino hacia las personas y, al hacerlo, se acerca a ellos para hablarles. Actualmente esto lo experimentamos en un fenómeno fascinante: la “Campaña de la Virgen Peregrina”. Hace ya algunos años, en Brasil, el diácono João Luiz Pozzobon peregrinó durante treinta y cinco años, hasta el día de su fallecimiento, con la imagen de la Madre tres veces Admirable. Recorrió miles de kilómetros a pie, llevando esta imagen a las personas, lo cual generó una inesperada reacción en cadena. Hoy la Campaña de la Virgen Peregrina cuenta con 200.000 imágenes peregrinas, que van al encuentro de las personas en unos 100 países.

II.

Iglesia conducida por el Espíritu Santo

El 15 de octubre se reunieron en Friburgo 80 jóvenes corredores, con una antorcha encendida. Con ella recorrieron el camino que va entre el Valle de Pompeya, en Nápoles y la celebración jubilar en Schoenstatt. Desde el Santuario mariano en el Valle de Pompeya surgió para el fundador de Schoenstatt el impulso que lo llevó a pedirle a María, que al igual como había sucedido en Pompeya, eligiera la capilla de San Miguel en Schoenstatt, la transformara en un lugar de peregrinación que regalara arraigo a las personas, y fuerza para ser testigos de Jesucristo. Estos ochenta jóvenes corredores con antorcha querían encender nuevamente el fuego que condujo a la fundación del Movimiento de Schoenstatt. En aquel momento, al comienzo de la historia de Schoenstatt, no hubo ninguna aparición de la Santísima Virgen ni ningún otro milagro. El P. Kentenich fundó y construyó su Movimiento sondeando, buscando con la mirada los signos de los tiempos que Dios nos regala. Asumió que Dios actúa en la historia y así nos muestra su voluntad, y por la fe nos permite reconocer sus inspiraciones. Al igual que el Apóstol San Pablo, el fundador de Schoenstatt estaba convencido que es Dios quien nos conduce y nos abre las

⁵ El Papa Francisco cita aquí la Encíclica „Redemptoris Mater“ del Papa Juan Pablo II., Nr. 6

puertas (cf. 1 Co 16,9; 2 Co 2,12; Col 4,3) y que se trata de descubrir la rendija abierta, en lugar de quedarse junto a ella y comenzar a dar cabezazos contra la pared.

Quien es invitado por Dios a peregrinar hacia la ciudad prometida, tiene que estar dispuesto a dejarse conducir por Él. La teología nos dice claramente que Dios conduce y dirige a su Iglesia a través del Espíritu Santo. ¡Y Dios es absolutamente bueno para dar sorpresas! Todos nosotros nos damos cuenta cuánto persistimos en aquello a lo que estamos acostumbrados, y lo difícil que nos resulta aventurarnos en algo nuevo o en algo a lo que no estamos acostumbrados. Quien quiera dejarse conducir por Dios, por su Espíritu Santo, requiere de una elevada sensibilidad espiritual para no confundir una chifladura propia con una inspiración del Espíritu Santo. El caminar juntos como peregrinos exige un oído activo y sensible, un escuchar, una escucha del uno al otro, una atenta percepción del otro y de todo aquello que vive en él. Pero sobre todo, un buscar juntos con la mirada a Dios y un escucharlo con humildad. Para esto necesitamos oídos dispuestos a escuchar, un corazón sensible y un agudo sentido para el mensaje del Evangelio, para los signos del tiempo y para las preguntas y esperanzas de las personas. El filósofo de la religión de Friburgo, Bernhard Welte, escribió una profunda observación, válida hasta hoy: “Es una gracia encontrar a una persona que verdaderamente posea el arte de saber escuchar. Sí, gradualmente uno llega al convencimiento que el saber escuchar bien es un arte mayor al de saber hablar bien.”⁶

La sensibilidad para Dios exige igualmente una sensibilidad para las personas. Sí, pienso que al escuchar a las personas podemos ejercitarnos en el escuchar a Dios y vivirlo cada día. La opción del Papa Francisco y junto con él, la opción de la Iglesia por las personas, es una opción clara por escucharlos. Entonces percibimos que buscan su salvación; percibimos cómo alcanzan sus límites (tanto corporales como mentales y morales). Escuchamos cómo esperan no fracasar al experimentar dichos límites; cómo anhelan salir de sus estrecheces. Nos enteramos cómo anhelan la vida que Dios les regalará desde el más allá de su luz.

El Papa Francisco exige que los evangelizadores, siguiendo el ejemplo de Jesús que se hizo uno de nosotros, se identifiquen de tal modo con los destinatarios del mensaje que transmiten, que lleguen a tener “olor a oveja”. (EG 24) De esta forma, el Obispo no solo debe preceder a los creyentes para mostrarles el camino; en ocasiones estará en medio de ellos, para hacerles experimentar la cercanía misericordiosa de Dios; y en algunas ocasiones “deberá caminar detrás del pueblo” porque el rebaño mismo posee un olfato especial para encontrar nuevos caminos. (EG 21) El Papa desea que tomemos en serio el antiguo adagio: “vox populi vox Dei”. „Una comunión dinámica, abierta y misionera tendrá que procurar un “diálogo pastoral”. (EG 31) El Papa afirma: “Cada vez que nos encontramos con un ser humano en el amor, quedamos capacitados para descubrir algo nuevo de Dios”. (EG 272) Se trata de “poner un oído en el pueblo para descubrir lo que los fieles necesitan escuchar”. (EG 154) Una “cultura del encuentro”, como dice el Papa Francisco,⁷ exige pasar de una Iglesia que solo enseña, a una Iglesia que escucha. Así lo expresa también el Sínodo Extraordinario de Obispos sobre “Las exigencias pastorales de

⁶ Bernhard Welte, *Acerca del correcto escuchar*, en: *Preguntas de una academia*, Freiburg 1981

⁷ El Papa Francisco el 25 de octubre en el encuentro con los peregrinos de Schoenstatt en Roma

la familia”, en su Relatio Nr. 3, al hablar, basándose en el Papa Francisco, de una doble obligación de escuchar: “escuchar tanto los signos de Dios como los de la historia de los hombres.” Escuchando, buscar con la mirada a Dios y, con esta actitud, dirigirse a la persona. Éste es el camino de una Iglesia que se orienta por María, que como esclava del Señor, no solo escucha con sus oídos, sino también con el corazón. Así es toda oídos. Igualmente el evangelista San Lucas sostiene dos veces: “María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón.” (Lc 2,19.51) Y “María sabe”, dice el Papa Francisco, “reconocer las huellas del Espíritu de Dios en los grandes acontecimientos y también en aquellos que parecen imperceptibles. Es contemplativa del misterio de Dios en el mundo, en la historia y en la vida cotidiana de cada uno y de todos. ... Esta dinámica de justicia y ternura, de contemplar y caminar hacia los demás, es lo que hace de ella un modelo eclesial para la evangelización.” (EG 288) Ya que “con el Espíritu Santo, en medio del pueblo siempre está María.” (EG 284)

Ella nos estimula a escuchar y nos ayuda a hacerlo. Vivimos en una época bulliciosa, llena de ruidos y muchas palabras. Los walk-man y los teléfonos móviles amenazan con secuestrarnos. Así, todos practicamos el ‘hablar mucho’, el desconectarnos interiormente y el desatender. Un proverbio árabe dice: “Existen diez mandamientos de la sabiduría. Nueve veces: ¡Calla! Y como décimo: ¡Habla poco!” En el silencio y en el recogimiento del guardar silencio podemos ejercitarnos en escuchar con el corazón y así también vislumbrar lo que no se puede expresar con palabras. En una de sus “historias jasídicas”, Martin Buber relata sobre dos hombres que caminan juntos. Uno de ellos habla sin cesar, mientras que el otro lo acompaña en silencio, hasta que de pronto interrumpe al que habla con la pregunta: ¿Sabes lo que me aflige? A lo que el primero contesta: ¡Cómo habría de saberlo, si tú no dices nada! Y la respuesta del segundo: Amar es saber lo que aflige al otro.

Algo que sorprende a muchos es que el Papa Francisco, en su Exhortación Apostólica “Evangelii Gaudium”, hable repetidamente de ternura.⁸ Según sus propias palabras, la ternura pertenece al “estilo mariano en la actividad misionera de la Iglesia. Porque cada vez que miramos a María volvemos a creer en lo revolucionario de la ternura.” (EG 288) Los que se aman no requieren de muchas palabras. Sienten lo que mueve al otro, lo que necesita, lo que anhela.

III.

Iglesia constituida para servir

Un periodista norteamericano que observaba cómo la Madre Teresa de Calcuta cuidaba a los enfermos y moribundos, le dijo: ¡Ni por cien millones de dólares haría eso! A lo que la Madre Teresa respondió: ¡Yo tampoco! Uno no hace algo así por dinero. El amor, el amor al prójimo sí lo hace. Espontáneamente notamos cómo detrás de tal proceder se descubre una dimensión que puede cambiar a este mundo. Nuestra sociedad busca con razón figuras que, como San Martín, comparta su manto con el mendigo que pasa frío. Y año tras año, las procesiones de San Martín llevan su mensaje a los corazones de niños y adultos. Figuras como Elizabeth de Turingia dejan en claro que la Iglesia está para servir a las personas, según el ejemplo y siguiendo a Jesucristo,

⁸ Cf. EG 88; 270; 274; 279; 286; 288

que “no ha venido a ser servido, sino a servir” (Mc 10,45) El camino de renovación de la Iglesia hacia una mayor credibilidad externa y hacia una creciente confianza interna, pasa por una visión y una experiencia de una Iglesia servidora. Esta visión es capaz de aproximarse a los corazones y encenderlos. Sin duda que muchos fieles cristianos prestan innumerables servicios en nuestra sociedad. Esto también debe ser dicho. (Cf. Mt 5,16) Es importante eso sí hacerlo con “humilde conciencia de sí mismo”. Sabemos que una fe sostenida por el amor y que brilla hacia afuera, logra conmover a las personas y convencerlas. Una Iglesia así, humildemente servicial, y que al hacerlo se olvida de sí misma (por lo menos de vez en cuando), señala hacia el futuro.

Nuestra fe está viva si nos une a Dios y “procede del amor”⁹ y “actúa por la caridad” (Gal 5,6), es decir, una fe que está dispuesta a servir. Así respondemos a Dios que nos ama (EG 37) y así nos esforzamos por actuar como Él, que es un Dios con nosotros y para nosotros; que nos manifiesta su misericordia y nos hace experimentar su amor y preocupación por nosotros. Esta respuesta da un sentido a nuestra vida y también nos permite alcanzar la meta de nuestra vida, ya que “pasamos de la muerte a la vida”, dice el apóstol San Juan, “porque amamos a los hermanos” (1 Jn 3,14). Amor fraterno, amor al prójimo como camino de la muerte a la vida. Esto sorprende y nos lleva al centro de nuestra fe. Es, sin duda también, el camino de la Iglesia hacia la vida nueva.

A la luz de esta perspectiva comprendemos nuevamente cuán central es para la Iglesia la afirmación de María sobre sí misma: “He aquí la esclava del Señor” (Lc 1,38) María sirve a su Hijo y pasa por completo a segundo plano detrás de Él. Se preocupa por los anfitriones de la boda de Caná, para ayudarlos a salir del apuro. Lo hace incluso cuando aparentemente es rechazada su petición. Está bajo la cruz. Está totalmente “para”: para su Hijo, para Juan, para la Iglesia. Está allí por nosotros, seres humanos, como nuestra madre, como nuestra intercesora, como nuestra educadora y acompañante, como nuestra auxiliadora en todas las situaciones. (cf. EG 286)

El Papa Francisco señala que Cristo, “en la hora suprema de la nueva creación, nos lleva a María, ... porque no quiere que caminemos sin una madre”. (EG 285) A juzgar por el tenor de sus declaraciones, pareciera ser que el Papa echa un poco de menos lo mariano en la Iglesia, en el sentido de lo materno. En nuestra Iglesia católica tenemos una estructura clara y una jerarquía firmemente localizada. Esto es un regalo y está bien que sea así. Sin embargo, también forma parte de nuestra naturaleza humana que el poder - a menudo mal entendido - se concentre cada vez más y tienda a controlar, justamente debido a una conciencia de responsabilidad. Un cargo que está ahí para servir, no puede acumular y concentrar poder. Dicho cargo tiene sentido si regala confianza, en lugar de vigilar y controlar. Un cargo que vive de la confianza y regala confianza hace participar e incorpora a muchos. Como le interesa despertar la corresponsabilidad y estar al servicio de ella, es decir, porque quiere apoyar esta corresponsabilidad, la autoridad es fecunda al dividir el trabajo y al ejercer la responsabilidad subsidiaria. Una autoridad que desea estar al servicio de las personas, mira ante todo la vida y las necesidades de dichas personas.

⁹ EG 27 con referencia a Tomás de Aquino, Summa Theologiae I-II, q. 108,a.1

Estoy agradecido porque el Papa Francisco, mediante la consulta que realizó en toda la Iglesia, antes del reciente Sínodo de Obispos, quiso tomar conocimiento de la realidad y quiso escuchar a los creyentes, con sus necesidades y preocupaciones, y también con sus expectativas y esperanzas. Esto fue un paso en la dirección de “Iglesia a la escucha”. Más aún le agradezco por haber exhortado a los participantes del Sínodo a hablar libremente y a escucharse unos a otros. En esto él mismo dio el ejemplo como oyente en el Sínodo.

Éste es también el sentido del proceso de diálogo y de discusión que impulsé en nuestra Iglesia católica alemana. Queremos escuchar y acoger lo que nos mueve, lo que nos preocupa y también las perspectivas que vemos. Al escucharnos mutuamente y al escuchar como comunidad a Dios, queremos que Él nos muestre el camino y nos conduzca por él. Al escucharnos unos a otros descubrimos y damos nueva vida a la dimensión comunal y colegiada, sinodal y participativa de nuestra Iglesia. El Papa Francisco nos anima a ello y nos precede.

IV.

Iglesia – vivir en Alianza (y desde ella)

Para la vida y la teología de Israel, la Alianza que Dios selló con su Pueblo es el momento fundante decisivo y el fundamento que lo sostiene. Nosotros hablamos de la “nueva Alianza” que Jesucristo estableció con su sangre y por la que nos hemos constituido en el nuevo Pueblo de Dios. Nuestra espiritualidad y nuestro lenguaje conservan esto al hablar de alianza bautismal o de alianza matrimonial. En el bautismo, Dios sella la alianza con cada uno y cada una de nosotros. Somos incorporados al Cuerpo de Cristo y con ello somos unidos estrechamente con Jesucristo y entre nosotros. La alianza bautismal es, al mismo tiempo, una alianza con los demás miembros del Cuerpo de Cristo, con nuestras hermanas y hermanos en la comunión de la Iglesia.

Un gran anhelo de los padres del Concilio Vaticano II fue el anclar más profundamente la idea de la Alianza en la teología y en la vida de los creyentes. Así, varios textos conciliares utilizan el término Alianza. Por ejemplo, la Constitución sobre la Iglesia (Lumen Gentium) (LG 9: 6), la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo de hoy (Gaudium et Spes) (GS 48) y otros (SC, DV). Sin embargo, la teología de la alianza y la conciencia de vivir en la nueva alianza, como aliados de Dios, se ha desarrollado poco hasta ahora.

La idea de la Alianza y la espiritualidad de alianza han tenido, desde un comienzo, un rol constitutivo y central en la espiritualidad de Schoenstatt. El P. Kentenich pone el centro en la Alianza, en la Nueva Alianza en Jesucristo, en la alianza de amor que Dios ha sellado con nosotros. En el bautismo, Dios nos elige como sus aliados. Así, el P. Kentenich habla de una “Alianza de Amor” con la Santísima Trinidad, con la Santísima Virgen María, de una alianza de amor entre nosotros. La comunión de la Iglesia vive de la alianza, de la alianza de amor de unos con otros.

Veinte años después del término del Concilio Vaticano II, el Sínodo extraordinario de Obispos de 1985 constató que “La eclesiología de comunión es la idea central y fundamental de los documentos conciliares”. (Documento final C 1). La comunión en la Iglesia es una realidad dada

por Dios que significa mucho más que aquello que normalmente se entiende por comunidad. Ella es la comunidad de la Nueva Alianza, de la alianza de amor que Dios ha sellado con nosotros. Cada uno ha recibido una parte de un mismo y único don y eso nos lleva a un obligatorio y recíproco compartir nuestra parte con cada una de las demás personas.

¿Qué significa para la Iglesia la comunidad de fe? Con ella pasa a segundo plano la construcción estática de la Iglesia, la construcción jerárquica de ella, y el Concilio Vaticano I es continuado y complementado por el Concilio Vaticano II. Esto lleva a un nuevo y poderoso dinamismo. Allí donde la alianza de Dios con nosotros, seres humanos, donde la alianza de amor entre nosotros se convierte en el fundamento sustentador, construimos una Iglesia donde la vida no es determinada por leyes y prescripciones, ni por preceptos y controles, sino por el sentir común y por la solidaridad.

“La intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante... y esencialmente comunión misionera”, (EG 23) escribe el Papa Francisco. „La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, que la ha primereado en el amor”. (EG 24) Esta Iglesia adquiere “olor a oveja”. (EG 24) “Cuida el trigo y no pierde la paz por la cizaña”. (EG 24) Esta Iglesia acompaña a las personas para ayudarlas a crecer en su encuentro con Cristo, para ayudarlas a darse cuenta que este proceso requiere paciencia y tiempo. Según el Papa Francisco, existe una desproporción “cuando se habla más de la ley que de la gracia” (EG 38). Él cita a Santo Tomás de Aquino, Doctor de la Iglesia, quien “destacaba que los preceptos dados por Cristo y los Apóstoles al Pueblo de Dios ‘son poquísimos’.”.¹⁰

Una Iglesia que se sabe sostenida por la Alianza, vive de la Promesa y de la visión de ser en común un solo cuerpo. Ella se mantiene unida por la alianza con Dios y por la alianza de unos con otros, por la solidaridad mutua y por la espiritualidad de alianza. Se trata de una Iglesia en la cual cada creyente se inserta por libre albedrío e impulsado por el amor. Según el P.Kentenich, “esta comunidad de la Nueva Alianza se desprende de una mera yuxtaposición externa. Lucha por una profunda e íntima unidad, lucha para que las almas lleguen a estar las unas en las otras, vivan las unas para las otras y las unas con las otras, lucha por un estar anclados permanentemente en Dios y por tener una eficaz conciencia de responsabilidad por los demás. Cada uno vive para los demás y vive desde los demás. Así, la Iglesia no es una roca estática, en la que todo está fijo y es inamovible. Está construida de piedras vivas (1 P 2,5), las cuales, a su vez, participan de la vida, ayudan a construir, se insertan a sí mismas y se integran. Esta Iglesia es una comunidad y es tarea de todos, es un lazo y una alianza libremente elegida por amor, en donde se dice: si quieres, puedes; y no se dice: tú tienes que. Tú estás invitado y eres bienvenido. Tú puedes incorporarte y traer a los tuyos.

Allí donde la Iglesia se construye, se edifica y se continúa construyendo desde la idea de la alianza bíblica, formamos una red sustentadora. Cada entrelazamiento entre nosotros y de uno con los otros vive, por una parte, de la “conciencia de ser sostenido por el todo y, por otra parte, de la conciencia de ser importante para la estabilidad y para lograr la mayor densidad posible de

¹⁰ EG 43 con referencia a Tomás de Aquino, Summa Theologiae I-II, q. 107, a.4

esta red. Entonces percibimos a los otros creyentes como complementos y nos experimentamos mutuamente como enriquecimiento mutuo.”¹¹ Si estamos atentos y abiertos para esto, no nos resulta tan difícil descubrir la multiplicidad de dones en nuestra Iglesia y en nuestras comunidades. Cada uno y cada una ha recibido dones y talentos, nadie tiene las manos vacías. Conocer los dones propios y agradecer por ellos puede ayudar a comprender mejor a los demás. Dios ha concedido todos estos dones “para provecho común” (1 Co 12,7), “para edificación del Cuerpo de Cristo” (Ef 4,12), tal como leemos en la Carta a los Corintios y a los Efesios. Así, mediante los dones que hemos recibido somos enviados a los demás y a los dones que ellos han recibido.

Si revisamos el relato de Pentecostés en los Hechos de los Apóstoles, vemos que la llama del Espíritu que descendió desde el Dios Altísimo sobre los Apóstoles, se dividió en lenguas y así se repartieron sobre cada uno. Cada uno recibe el Espíritu, su don. Y todas las lenguas vienen de una sola llama, desde el mismo Espíritu. Cada persona es única y es llamado en forma muy personal. Cada uno tiene su don. Pero el llamado y el don proceden del mismo Espíritu divino y quieren conducir a la unidad, a la *Koinonía pneumatós*, a la unidad en el Espíritu.

Por eso sueño con una nueva cultura de alianza y sueño con una red en nuestra Diócesis, en nuestras comunidades y con una red entre nuestras comunidades. Tal cultura de alianza, tal red quiere unir entre sí a la multiplicidad de dones de cada uno, quiere unir entre sí a grupos, círculos, lugares característicos, biotopos de la fe, institutos, comunidades y parroquias, y generar un intercambio para compartir la fe y regalarse y apoyarse mutuamente. Para que la relación entre ellos se forme y para que se mantenga viva la red más allá de nuestras comunidades y de nuestra Diócesis, están nuestros institutos, están los movimientos eclesiales y las comunidades religiosas, a quienes en el futuro les corresponderá una señalada relevancia. Ellos reúnen en nuestra Iglesia a personas por sobre comunidades y diócesis, intercambian ideas, comparten la fe, permiten que otros compartan la fe que ellos poseen y los apoyan en la propia fe.

Pertenecer a una Iglesia universal, ser católico significa mirar más allá de los límites del propio plato, con amor al prójimo y solidaridad. El conocer a los demás puede ayudar a que, en los dones de los demás, en la diversidad y multiplicidad de las capacidades y talentos que existen en la Iglesia, se pueda hacer visible y se pueda experimentar algo de la infinitud, de la plenitud y de la bondad de Dios. La pluralidad y la variedad de los dones es un signo de vitalidad y de plenitud. Desgraciadamente, los representantes de la Iglesia corren una y otra vez el peligro de ver, en todo lo que es nuevo y desconocido, una ocasión de división y discordia, en lugar de considerarlo, en primer lugar, como una oportunidad de vida múltiple y de regalo para todos. Lo que le falta a uno, lo trae el otro. La capacidad de los otros va más allá de mis propios límites y, por lo tanto, también significa un don, un enriquecimiento para mí. Vivir una cultura de alianza, una piedad de alianza significa que, confiando en ser sostenido por Dios, el gran Aliado, podemos recorrer juntos el camino de peregrinación de la fe y, al hacerlo, comprometernos los unos por los otros.

¹¹ Directrices Pastorales de la Arquidiócesis de Friburgo „Atreverse a ponerse en marcha“, Pág. 21

Si ahora hablamos sobre la Alianza de Amor con la Santísima Virgen María, significa que tomamos en serio que María no solo es ejemplo de fe, sino que también, por ser Madre de la Iglesia, es nuestra Madre. “En la cruz..., en ese crucial instante, antes de dar por consumada la obra que el Padre le había encargado, Jesús le dijo a María: <<Mujer, ahí tienes a tu hijo>>. Luego le dijo al amigo amado: <<Ahí tienes a tu madre>> (Jn 19,26.27)... Jesús nos dejaba a su madre como madre nuestra. Solo después de hacer esto Jesús pudo sentir que <<todo está cumplido>> (Jn 19,28). Al pie de la cruz, en la hora suprema de la nueva creación, Cristo nos lleva a María. Él nos lleva a ella porque no quiere que caminemos sin una madre”. (EG 285) Así nos dice el Papa Francisco. Y agrega: “Ella es la misionera que se acerca a nosotros para acompañarnos por la vida, abriendo los corazones a la fe con su cariño materno”. (EG 286) Ella es activa, tiende su mano hacia nosotros y espera que nos tomemos de ella para recorrer, en alianza con María, el camino de peregrinación de nuestra fe. Ésta es, desde hace siglos, la experiencia de fe de incontables creyentes; es la experiencia del P. Kentenich y de Schoenstatt desde hace un siglo. María no es solo el auxilio de los cristianos, la Virgen que desata nudos; ella es también la que anuda la alianza, la que reúne a las personas. Los lugares de peregrinación como Lourdes, Fátima y Guadalupe, y también los numerosos lugares de peregrinación de Franconia dan elocuente testimonio de ello.

Esta Iglesia no existe para sí misma y tampoco solo para los creyentes que en ella y con ella están en camino. Ella está para todos, para toda la familia de la humanidad. Así nos lo recuerda la Constitución Pastoral “La Iglesia en el mundo actual” (Gaudium et spes): “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón.” (GS 1) Acerca de la tarea de la Iglesia dice: „Es la persona del hombre la que hay que salvar. Es la sociedad humana la que hay que renovar”. (GS 3) Y el Papa Francisco, en su Exhortación Apostólica, habla también sobre “los desafíos del mundo actual” (EG 52 ss.), sobre “los valores de auténtico humanismo cristiano” y “de una cultura marcada por la fe”. (EG 68) “Es imperiosa la necesidad de evangelizar las culturas para inculturar el Evangelio”. (EG 69) Con esto recoge una de las grandes perspectivas del Concilio Vaticano II que señala hacia el futuro. La Constitución Dogmática sobre la Iglesia “Lumen Gentium” y la Constitución Pastoral “Gaudium et Spes” fueron, para quienes vivimos el Concilio y nos identificamos con los padres conciliares, los grandes signos luminosos, los grandes desafíos y los grandes impulsores. Como “sal del mundo” (Mt 5,13) y “luz del mundo” (Mt 5,14) la Iglesia no existe para sí misma. Ella tiene una misión para todo el mundo y la sociedad. Por este motivo el Concilio dice: “Este pueblo mesiánico, por consiguiente, aunque no incluya a todos los hombres actualmente y con frecuencia parezca una grey pequeña, es, sin embargo, para todo el género humano, un germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación.” (LG 9)

El P. Kentenich se atreve a decir, después del Concilio, que la Iglesia “tiene la misión de transformarse en el alma de la cultura y del mundo actuales y futuros.” Tal como la Iglesia primitiva se comprendía a sí misma como alma del mundo. También el Papa Juan Pablo II nos exhortó constantemente a colaborar en forma activa y comprometida en la construcción de una “civilización del amor”.

Podemos estar seguros que el Espíritu de Dios crea en cada época personas que creen en el sueño y la visión de la renovación, del cambio para mejor y que con corazones ardientes se comprometen con ello. Con razón el Papa Francisco, en la *Evangelii Gaudium*, dedica una parte considerable de su exposición a la puesta en marcha misionera y al compromiso con los pobres y oprimidos de nuestro mundo. El Concilio dice simplemente: “La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza.”¹² Trabajar misioneramente en la configuración de una cultura universal cristiana significa ponerse de parte del Evangelio y representar activamente sus intereses. Pero también significa vivir de tal modo que se pueda ver claramente que la fe en Dios no nos convierte en personas de criterio estrecho ni malhumoradas, sino que libera y nos hace felices. Que se vea que, tal como el Papa Francisco lo formula ya en la introducción de su Exhortación Apostólica: “la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús.” (EG1) Significa vivir de tal forma que, como dice el Profeta Zacarías: Los no creyentes “asirán la orla del manto y dirán: Queremos ir con vosotros, porque hemos oído decir que Dios está con vosotros.” (Zac 8,23) El Obispo Gerhard Feige, de Magdeburgo dice: Nosotros, “cristianos, no somos ni de línea dura ni blandengues, tampoco charlatanes ni moscas muertas. En todo caso, como cristianos, debiéramos tener el valor de defender nuestras convicciones ,al dente‘ – no mordazmente, pero mordiendo.” Solo con un necesario “mordisco”, otros prestarán atención al Evangelio. Sólo así somos sal de la tierra y luz del mundo que nos muestran el camino para llegar a ser alma de la cultura universal.

Según el Papa Francisco, este esfuerzo por “el ecumenismo es un aporte a la unidad de la familia humana” (EG 245) y señala “la búsqueda de caminos de unidad (como) urgente”. (EG 246) Nos invita a “concentrarnos en las convicciones que nos unen”. (EG 246) No podemos cejar en este esfuerzo. Es una tarea central del Señor a nosotros. El mundo lo espera.

Las declaraciones orientadoras del Concilio Vaticano II, la visión de nuestro Santo Padre Francisco y la espiritualidad y experiencia de Schoenstatt nos han acompañado en esta meditación sobre nuestra Iglesia en camino hacia el futuro. También nos ha acompañado lo que la teología y la fe católica nos refieren sobre María. Ya que una Iglesia peregrina, que está a la escucha, que es servicial, una Iglesia que vive de la alianza con Dios, es una Iglesia mariana y misionera. Los discípulos se reunieron en torno a María, la madre del Señor, en el Cenáculo, después de su ascensión. Allí donde está María, se forma comunidad, allí crece Iglesia. Tal Iglesia mariana es una Iglesia maternal, una Iglesia que cobija y regala hogar. Una Iglesia mariana es una Iglesia en comunión fraternal, sostenida por el amor y la solidaridad. Como María y con María está abierta para el Espíritu Santo y su actuar. Una Iglesia mariana es una Iglesia plena de Espíritu, una Iglesia que día tras día escucha de nuevo la Palabra de Dios, que actúa de acuerdo a ella y se pone en camino, se pone en camino hacia las personas para llevarles a Cristo y para hacerles experimentar su amor y su ayuda. Quien como María y con María dirige sus antenas hacia Dios, ha encontrado un sistema de navegación seguro para su vida.

¹² Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia “Ad Gentes”, 2